

27-11-1906 LA RÁFAGA.

Deteniendo un momento nuestra marcha, volvamos ahora los ojos á aquel campo de nuestra paz del verano, abandonado allá en medio de la nieve y del invierno. ¡Cuán lejos esté, cuán remoto! Nos espera, sin embargo; sabe que volveremos a él; y nosotros de pronto, ahora, sin mas ni mas, en medio de nuestro tumulto, nos ponemos á pensar en la suavidad de los campos desiertos. Es una aparición brusca como si cayéramos en un éxtasis: una vision que se interpone súbita entre nuestros ojos y el presente, oscilando entre el recuerdo y la esperanza. Es una de aquellas misteriosas necesidades de nuestra naturaleza.

¿Quién no ha experimentado alguna vez la delicia de estas contradicciones aparentes?: que atravesamos una gran crisis, una profunda tribulacion, todas nuestras fuerzas en tension horrible, y la nave á punto de zozobrar; y de pronto en una breve tregua impuesta como por una saturacion de dolor, en un reposo que bien sabemos precario y momentáneo, he aquí un gran ensueño de color de rosa que nos asalta y nos invade: he aquí músicas que suenan muy armoniosas en paisajes paradisiacos poblados de figuras amadas por largo tiempo no vistas: he aquí la beatitud en nuestros labios sonrientes como si nunca mas hubiera de contraerlos el dolor, y una deliciosa distension de toda nuestra naturaleza, un goce de eternidad en el reposo de un fugaz momento. Volverá aun el dolor tal vez mas fuerte, la tribulacion recobrará su imperio, y quién sabe si pereceremos en ella; pero el espíritu de vida inmortal que en nosotros llevamos ha cantado entre tanto su promesa de triunfar al fin mas allá de todo.

Esto mismo he oido yo una vez en una música de Beethoven: era llevada en un tiempo tétrico, y parecia el paso confuso de una multitud marchando á obscuras hacia alguna fatalidad, como un rebaño al matadero. Y de pronto en lo alto—y digo en lo alto porque no sé por qué yo imaginaba la multitud andando por una profunda sima—, en lo alto de las pañas á pico pasaba una cancion de doncella que vuelve del campo alegremente por el sol de los caminos llanos. Eran unas breves notas ligeras lanzadas sin sarcasmo y como una lejana promesa sobre el paso de aquel gran dolor.

Pues por esta misma ley de contraste, creo yo, se nos aparece ahora la suave vision del campo, como Margarita á Faust en medio del nocturno aquelarre. Vuelvo á ver el camino de la fuente solitario y umbrío á mediodía y la alta paz de las montañas cifiendo el horizonte. Oigo el rumor del agua en el silencio y la cantilena del habla montañesa que no sabe la prisa. Conozco el verdor de aquellos prados y el lento madurar de las cosechas; y me domina sobre todo aquella sensacion de estar lejos. Y es tal la vision maravillosa, que no sé si va vestida de recuerdo ó de esperanza. No sé si pienso en el campo que dejé ó en el campo que me espera; no sé si es la ilusion del pasado ó la del porvenir la que me procura esta beatitud en la contemplacion; solo sé que estoy en una hora de paz porque estoy muy fuera de mí ó quizás porque estoy mas profundamente dentro de mí que en otra hora alguna.

Quizás este momento del Carnaval que es el de mayor locura ciudadana, en que la ciudad llega á la furiosa parodia de sí misma, es favorable á esta fuerte reaccion del espíritu en busca de sí mismo á través de los contrastes mas violentos; y yo no sé si hay contraste mas violento que el de un baile de máscaras á media noche y una fuente solitaria entre montañas á mediodía. Oh! sí! á cuántos el sesteo á la sombra de los árboles en el silencio de los campos estivales ha incitado exquisitamente la memoria y la narracion de una turbulenta noche de máscaras! y alguna vez habreis visto en el paroxismo de una fiesta de Carnaval, una mujer que el libertineje ha dejado olvidada en un divan dormida, á través de cuyos afeites adivináis la hija de los campos soñando allí en la fuente á donde iba por agua cuando niña todas las mañanas de Dios y á otras horas. El espíritu se busca á sí mismo en los contrastes mas violentos.

¡Cómo deseé en el campo la ciudad! y ya la tengo, y ¡cuántas cosas he vivido en ella desde entonces, cuántas fiebres que soñé y cuya realidad me hizo olvidar el sueño y el lugar del sueño! Y he aquí que ahora el lugar vuelve á apare-

cérseme transfigurado él mismo en sueño, con su doble aureola de lejanía en el pasado y en el porvenir; porque de aquí á que vuelva á él ¡cuántas cosas también han de pasar que me lo hagan otra vez olvidado, hasta que el hábito de su proximidad despierte de nuevo en mí la querida imagen!

Solamente que lo sucedido hasta ahora ha sucedido, por decirlo así, de espaldas á ella, y lo que desde ahora suceda sucederá de cara á ella; y es muy distinto referir las cosas á lo que viene ó referirlas á lo que pasó. ¿No es ésta precisamente la diferencia entre la visión de la juventud y la de la vejez sobre unas mismas cosas? Pues en este punto alto de la rueda del año hay como una juventud que empieza para todos y para todo; y no es indiferente que una cosa, aun siendo la misma, suceda en el otoño ó en la primavera.

Es como en los sueños y en las velas de la noche. Hay un instante, que bien conocen los enfermos y los que los velan, en que se produce un inexplicable aligeramiento, en que parece que el espíritu del día futuro sonríe en las tinieblas y lo hace todo menos grave, y la angustia pierde el sudor y el quejido, y el miedo toda su fiereza. —¡Se ha dormido!—dice el enfermero. Duerme el enfermo de cara al día arrojando serenamente y en paz hasta la muerte misma que en él pueda esperarle. Y esta misma sensación hay en el año.

No es lo mismo, no, que una cosa suceda en el otoño ó en la primavera; porque todas las cosas tienen el espíritu de su tiempo y por el espíritu valen. No quiero decir que en la primavera todo sean alegrías ni que en el otoño todo sean tristezas; y hasta sé de temperamentos melancólicos ó concentrados que, más obedientes que otros á la ley de los contrastes, sienten la alegría del invierno y ven con negro humor dilatarse los días y aclararse. Pero quiero decir que tristeza por tristeza y alegría por alegría, unas son las que vienen y otras las que se van con las rosas.

Lejos están aun por venir las rosas de mayo; pero más lejos están las que secó el fuego de agosto; y el sentimiento de estas distancias comparadas, es el hechizo de los días de febrero, presos aun entre nieves y hielos prolongados, pero en lo alto ya de la rueda del año en su gran vuelta al buen tiempo. Se sienten ya los aires del otro lado...

Recuerdo de una vez que íbamos á un lugar de la alta montaña y teníamos que doblar la cordillera. En la subida interminable se nos oscureció con tempestad y padecimos mucha angustia encerrados en la vieja diligencia, subiendo, subiendo penosamente entre peligros y tinieblas. Nos parecía que íbamos á un lugar de pesadilla al que nunca se llega: subíamos siempre. Uno abrió impaciente la ventanilla: la tempestad había cesado y en la obscuridad sentimos una ráfaga de aire nuevo: nuestro pecho se abrió con delicia, y presentimos, invisible á nuestros piés, el valle amigo. Supimos, sin saber nada, que estábamos al otro lado, y reímos en la obscuridad de los peligros: ya nos parecía haber llegado...

Así ahora en estos días de febrero se sienten ya los aires del otro lado, y esto provoca la idealidad del verano, tan lejos todavía, y la visión momentánea del campo en la ciudad. Es la ráfaga del aire nuevo...

J. MARAGALL.

LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS.

Va á empezar la Conferencia de Algeciras. Hasta ahora no hemos pasado del prólogo de ella. Los primeros temas de discusión ofrecían la singular particularidad de que no había necesidad de discutirlos por existir conformidad casi absoluta entre los delegados; y cuando se llegó á los puntos capitales (banco y política) Francia y Alemania pusieron á dialogar en secreto, tomándose una libertad que no dejó de ser criticada por algunos. —Si estas dos naciones, decían los críticos, no sin razón, tenían que hablar á solas, ¿para qué nos han dado cita en este extremo de Europa?—A lo que los espíritus prácticos replicaban que, si por tal camino se lograba el apetecido resultado de llegar á un acuerdo, no había por qué andarse con remilgos ni etiquetas.

Pero es lo malo que el acuerdo no se ha logrado, y que son muchos los que desde ayer desconfían de que pueda lograrse. En efecto, Alemania se muestra mucho más difícil de contentar de lo que se podía suponer, de suerte que, aunque Francia ha dado un nuevo paso atrás el conflicto sigue en pié.